

0384. Una Iglesia en los Pastores

Al querer entretenernos hoy un ratito con una página de la Biblia, vamos a contemplar la escena muy emotiva de los Hechos de los Apóstoles que nos narra la despedida de Pablo a sus colaboradores de Éfeso (Hechos 20, 17-37)

Con un apostolado ardiente, Pablo ha llenado del Evangelio toda el Asia y la Europa oriental del Imperio Romano. Ahora se propone llegar hasta España, el extremo del mundo entonces conocido, pasando por Roma, el corazón mismo del Imperio. Pero quiere ir antes a Jerusalén, y, de camino, se detiene en Mileto, desde donde llama a los jefes de la Iglesia de Éfeso, que llegan gozosos:

- *iPablo! iPablo! ¡Qué alegría de verte otra vez con nosotros!...*

Pablo es un gran corazón, y se emociona:

- *Sí; he querido despedirme de vosotros antes de llegar a Jerusalén. No sé lo que me espera. Llevo el alma llena de angustia. Siento la voz del Espíritu que me dice dentro: No te desanimes; ni te echen para atrás las cadenas y las contrariedades que te vienen encima...*

Todos se asustan, porque todos se temen lo peor ante estas palabras de Pablo.

- *¿Qué dices, Pablo?...*

Y Pablo les dice toda la verdad de lo que fundamentalmente sospecha:

- *Lo siento dentro de mí. Pero, no me avergüenzo. Veo que llego al final de mi carrera. He cumplido el ministerio que me confió el Señor Jesús, y he dado testimonio de la gracia de Dios.*

Los compañeros de Pablo presienten algo muy malo. Pero el apóstol no se doblega, y expresa sus sentimientos más íntimos.

- *Sé que no me vais a ver más. Y, sabiendo que he cumplido siempre con mi deber de anunciar el Evangelio, debo manifestaros que me siento inocente ante la desgracia de los que se van a perder.*

Esto último les llega al alma, y preguntan angustiados:

- *¿Cómo? ¿Crees tu, Pablo, que va a haber apóstatas entre nosotros?*

No les cabía en la cabeza a aquellos primeros cristianos que la doctrina del Señor Jesucristo iba a ser tan torcidamente dentro de la Iglesia y que se iban a presentar herejías y sectas. Pero Pablo no se tira atrás al exponer sus temores:

- Sí, estoy seguro de ello. Apenas yo me vaya, se meterán lobos rapaces, que no perdonarán el rebaño. Enseñarán doctrinas falsas y perversas, para atraerse discípulos detrás de sí. A vosotros os ha escogido el Espíritu Santo y os ha puesto en medio como obispos para que apacentéis la Iglesia de Dios. ¡Vigilad, y guardadla!

Empiezan todos a sentir una emoción intensa. Pablo, más que nadie. Tiende por fin su mirada a los más necesitados de la Iglesia, y los encomienda con interés sumo:

- No os olvidéis de ayudar siempre a los pobres y a los más débiles. Lo que les deis, será para bien vuestro. Recordad a este propósito lo que dijo el Señor Jesús: "que es más dichoso el dar que el recibir".

No pueden más con la emoción. Se hincan y rezan. Y estalla en todos un gran llanto:

- ¡Que no te vamos a ver más!...

Lo acompañan llorando hasta la nave, donde se dan un beso y un abrazo, y desde la que se despiden para siempre:

- ¡Nos encontraremos en la Gloria del Señor!...

No es normal ni fácil ver llorar así a hombres tan valientes. Quiere esto decir que el Evangelio no deshumaniza, sino que sublima los sentimientos más nobles del corazón.

Pero, no hablamos aquí de psicología, sino que nos fijamos en las enseñanzas que nos ofrece esta escena para la vida cristiana.

En primer lugar, cómo el Espíritu Santo nos conduce a través de la vida, incluso en medio de las mayores pruebas. Pablo iba atenazado en su espíritu,

ante lo que preveía le iba a pasar en Jerusalén. Pero, no se rinde. Sabe que Dios le sacará bien de todo.

¡Qué confianza la que nos inspira este proceder de Pablo! El Espíritu de Dios es quien nos guía en medio de las luchas de la vida. ¿Por qué vamos a temer?...

Después, este pasaje incomparable de los Hechos de los Apóstoles nos previene contra los falsos profetas que se van a meter en la Iglesia.

Pablo juzga a los herejes hasta necesarios, para que se compruebe la fe de los fieles. Pero maldice a los que retuercen y falsifican el Evangelio de Jesucristo (1Corintios 11, 19. Gálatas 1, 7-9)

Nosotros, tenemos la norma segura: ¿estamos con los pastores de la Iglesia, el Papa y los Obispos? No hay que temer. Estamos con la Iglesia de Dios.

Finalmente, emociona ver cómo nos encomienda el cuidado de los hermanos más necesitados. Y nos lo dice con unas palabras del Señor Jesús, que no constan en el Evangelio escrito.

La Iglesia conservaba esta palabra del Señor como una tradición, y que la Iglesia ha tenido siempre muy en cuenta:

- *¡Es más dichoso el dar que el recibir!...*

Cuando damos a Jesucristo en los pobres, estamos seguros de que prestamos a buen pagador...

¡Iglesia de Cristo! Pastores y fieles unidos en la misma fe, en el mismo amor, en ayuda mutua y constante... ¿Qué mayor dicha que vivir y morir en el seno de la Iglesia de Dios?...